



Jaime Sáenz:

LO

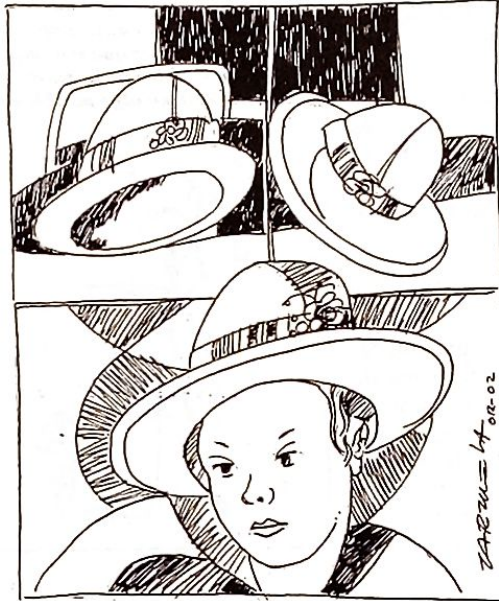
Un cuento para Antonella

EL SOMBRERO CAPRICHOSO

El cuento "El sombrero caprichoso" tiene una historia especial. Una maestra argentina de una provincia cercana a Buenos Aires, solicitaba por E-mail que se la colaborase con un cuento corto que tuviese como tema principal al sombrero. Relataba que en su clase tiene una niña de diez años enferma de cáncer, ya ha empezado el tratamiento de quimioterapia, y como es natural, se le empezará a caer el cabello a la niña y tiene que usar sombrero, por ello es que hizo la solicitud del cuento.

La noticia me golpeó dolorosamente y ese mismo día escribí para esa niña el cuento que adjunto, pero me sentí preocupada por la situación y al día siguiente, mandé dos cuentos más, uno "El sombrero de paja" del renombrado escritor chileno Saúl Schokolnik y otro del no menos celebrado escritor norteamericano Arnold Lobelle (creador de Sapo y Sepo) ya fallecido que titula "EL sombrero".

Me contestó la maestra que se llama Marita y a la cual considero como a una gran persona de gran sensibilidad y con una profunda vocación de maestra, que para hacer más fácil esa etapa a su alumna, ha organizado en su clase la fiesta del sombrero, que consiste en que todos los niños y niñas en la clase se ponen sombreros para oír los cuentos, luego van a contratar periódicamente a una cuentacuentos, también están planificando otras sesiones de clase donde todos los alumnos y las alumnas van a fabricar sus propios sombreros.



Érase que era... un sombrero en una vitrina, junto a muchos otros, pues la tienda era una sombrerería.

Este sombrero era muy, pero muy especial, no como los demás que esperaban ansiosos ser comprados para ir a pasear por parques, calles, campos, o disfrutar de un jardín o de un patio, con su nueva dueña o un nuevo dueño.

El sombrero en cuestión ya había sido probado por varias personas interesadas, pero sí al sombrero no le gustaba la cabeza que estaba probándolo, si era grande, se encogía a capricho, o si era pequeña hacía un gran esfuerzo y se estiraba, y claro, bailaba en la cabeza.

Otras veces, el ala caía tapando los ojos de la cabeza que se probaba, o se ponía tan triste, tan triste que su color que era un lindo amarillo paja, se desteñía con la pena teniendo un color horroroso, o se enfurecía tanto, que se ponía de un amarillo rabioso, es decir, bilioso.

El sombrero suspiraba y sufría porque tampoco quería acabar su vida sin servir para nada, pero es que él ansiaba posesionarse de una cabeza que verdaderamente fuese de su gusto.

Cierta tarde, pasó por la vitrina una señora ni jovencita ni muy mayor, miró detenidamente el sombrero, entró a la tienda y lo señaló al dependiente mientras le explicaba que su hijita, una niña de diez años precisaba un sombrero, pues estaba perdiendo el cabello por un tratamiento médico. El sombrero escuchaba con atención, se emocionó al oír esas palabras, se puso suavito, se cercioró de que su color fuese el perfecto amarillo paja y estiraba el oído para escuchar "si grande, mediana o chica" era la cabeza y acomodarse al tamaño requerido, pero la señora dijo que le parecía el ideal. Lo pusieron en una bolsa que olía a lavanda.

Cuando llegó a la casa, la mano de la mamá lo sacó de la bolsa agitándolo. Mira, María Isabel, espero que te guste. La niña sonrió, sus ojos brillaron, se lo probó y dijo ¡Es perfecto! Me encanta mami. Gracias.

El sombrero estaba súper dichoso, él sabía que había sido fabricado para una cabeza muy especial, y la cabecita de esta niña, era para el sombrero, todo lo que había soñado.

Primavera, 2002

Velia Calvimontes Escritora y narradora de cuentos infantiles

El señor Jaime Arló tenía un esforzado al par que tras meses y meses de compañía que la soledad concluyó su famoso poema de vejez.

Esto aparte, había dedicado tarea de reunir diversas de todos y cada uno de lo para así ponderar el olor Y como resultado neto, lo que constituyó la clave de y que sintetizaba una serie de cuales figuraban las siguientes: El humo, la madera, el a ventanas cerradas, el op La noche de San Juan, e No le des gusto. Los due El poema tenía cuatro p

páginas; y según la opinión del señor Jaime Arló hizo, y sin más dilación, le llevó una negra.

La tía se sorprendió en motivo que traía el visitante y habiendo recibido la agradeció, y dijo que el tío poderosamente la atención.

Hizo pasar al señor Jaime Arló a un sillón, y muy pronto le sirvió

El señor Jaime Arló observó y por momentos, la imagen de una claridad impresionante.

La tía se sentó en una es dijo:

"usted se ha perdido; y lares, lo hemos echado de n al pobre Paucara; el pobre P nadie se acuerda de él. U hombre tan caritativo. Y te

"Cabalmente", dijo el señor tragedia.. Como usted re entierro; y como amigo y con tan terrible suceso. El señor espíritu; y tenía fantasía. A Una personalidad. ¿A qué nes de adivinación, con un y cantores? A nadie, como también llamado Paucarpil anecdotalizar, pero el caso e todos sus actos, denotaba dor"...

"Ya ve usted", dijo la tía, que hace falta, no debería a los desamparados, a los lliu medio de la Sociedad Teos mes mandaba cheques a lo que vea usted lo que son los pocos días de su entierro tes falsificados, con p